

e. haro tecglen

# VIETNAM

## momentos decisivos

LA «desescalada» de los Estados Unidos en Vietnam ha encontrado en la ofensiva vietnamita una dura crítica práctica. Previamente había fracasado en el mismo terreno la idea de «escalada». Esta nueva estrategia, cuyo mejor formulador ha sido Herman Kahn y su equipo de científicos de Hudson, es una idea fascinante, brillante, dentro de unos campos que son literarios, psicológicos, de filosofía tecnológica, de matemáticas superiores. Están ampliamente expuestos en el libro de Kahn «On escalation» (publicado en España con el título «La escalada. Un estudio sobre el terror», Dima Ediciones, Barcelona, 1967). Siempre ocurre que las grandes ideas, los grandes estudios, se reducen en la práctica y en la mentalidad pública a esquemas, a resúmenes, a contracciones. El amplio y complejo juego de la escalada político-militar se contrae en una serie de demandas y coacciones —lenguaje de Kahn— sobre riesgos calculados. Cuando comenzó a aplicarse a Vietnam el lenguaje de la escalada estaba hablado desde Washington a dos países capaces de comprenderlo y de responder a él: China y Unión Soviética. Es fácil advertir, por las declaraciones oficiales y por los documentos privados, que los Estados Unidos consideraron seria y claramente la situación de la península indochina como un problema de la política de bloques, de su diálogo a escala global con China y la URSS, que en aquellos momentos no estaban aún tan directamente enfrentadas como ha ocurrido después, y que partían de la idea de un escenario bélico superior, el de la guerra entre comunismo y capitalismo —o entre Este y Oeste—, en la cual Vietnam, Indochina, no eran más que fragmentos. Era una idea que había querido mantener Francia en su propia guerra de Indochina y que los Estados Unidos no habían querido asumir oficialmente: esperaban un final —el que sucedió y era inevitable que sucediera: la Francia sin fuerza de la segunda guerra mundial no podía mantener una guerra de colonización casi en sus antípodas— para intervenir «pro domo sua».

EN algunos de los «documentos secretos del Pentágono» o «Papeles McNamara», de escandalosa y controvertida publicación hace diez meses, se encuentran residuos de esta mentalidad. La intervención de los Estados Unidos en Indochina estaba calculada desde antes de la catástrofe de Dien Bien Fu, desde antes de la Conferencia de Ginebra que determinó las condiciones de paz. La acción estaba combinada con un plan de bloqueo de China para evitar su intervención. Después, una vez celebrada la Conferencia de Ginebra, los Estados Unidos decidieron ya que no se cumplieran los acuerdos. En ellos se determinaba la celebración de unas elecciones generales que deberían consagrar la unificación de Vietnam. «Puesto que es prácticamente seguro que tales elecciones conducirían a la reunificación de Vietnam bajo Ho Chi Minh, es muy importante que se retrasen lo más posible», escribía entonces el secretario de Estado, Foster Dulles. Las elecciones previstas se anularon, se situó al frente del Gobierno de Saigón a un hombre duro —Ngo Dinh Diem, candidato propuesto por el combativo cardenal Spellman, que quería situar católicos militantes en los puestos clave del mundo— y, como consecuencia de todo ello, comenzó la guerra de guerrillas. Que era, prácticamente, una continuación de una guerra que no había cesado nunca contra los ocupantes franceses, luego contra los japoneses, de nuevo contra los franceses y finalmente contra los Gobiernos colocados por los Estados Unidos y contra los propios Estados Unidos.

TODO parece indicar que Washington no tuvo demasiado en cuenta estos factores de guerra de independencia y descolonización puramente populares que formaban la parte principal del entramado indochino. Con una visión excesivamente simplista y fácil del problema creyeron que los principios de democracia y libertad de la doctrina de Estados Unidos serían más aceptables que los que ofrecía el comunismo. Es decir, el problema se presentaba ante sus vendados ojos —vendados por el esquematismo de la guerra fría, por el conflicto global— como un intento de anexión comunista por parte de la URSS y de China, y supusieron que los pueblos indochinos estarían felices de esta ayuda para la democratización. El más grave error fue el de colocar una dictadura sangrienta como muro de contención. Las opciones democráticas,

liberales o parlamentarias no existieron. Kennedy se dio cuenta de ello demasiado tarde: la liquidación —y el asesinato en la calle— de Ngo Dinh Diem fueron hechos casi simultáneos al asesinato del propio Kennedy. Pero, antes, Kennedy había decidido el arranque de la escalada. En mayo de 1961, Kennedy mandó a Johnson —vicepresidente— a Saigón para que animase a Ngo Dinh Diem a pedir la ayuda de las tropas norteamericanas; al mismo tiempo, dio libertad a la CIA para que emprendiese acciones clandestinas en Laos y Vietnam del Norte. En octubre, el general Taylor pedía el envío de un cierto número de soldados que acabasen con los rebeldes. Le parecía suficiente con seis a ocho mil, y sugería que se enviasen con el pretexto de ayudar a la lucha contra las inundaciones. «Esto daría un aspecto esencialmente humanitario a la acción de nuestras tropas», sugería Taylor. Kennedy

Página del diario «The New York Times» correspondiente al 15 de junio de 1971 al estallar el escándalo de los «Papeles McNamara».





Dos de los «tanques» norvietnamitas que avanzan a ocho millas al Sur de la zona desmilitarizada son alcanzados por los bombarderos americanos.

no aceptó, pero poco después iría aumentando el número de «consejeros especiales», que irían sucesivamente en aumento. Como sabemos, después de los llamados incidentes del golfo de Tonkín, en 1964 —dos «destroyers» americanos atacados por lanchas vietnamitas—, la intervención fue abierta y clara, hasta llegar a la cifra de quinientos mil soldados de cuerpo expedicionario, más el apoyo de las fuerzas navales y aéreas. Y, sin embargo —a pesar de las declaraciones oficiales—, en ningún momento la guerra estuvo próxima a ser ganada.

**T**ODO este esfuerzo estaba destinado a persuadir a China y la URSS de que los Estados Unidos estaban decididos a todo —incluso a una guerra nuclear, último peldaño previsto en la teoría de la escalada— antes que permitir la inclusión de Vietnam en su área. Creían que estaban ante un caso como el de Corea. Pero no fue así. La intervención

de los dos países comunistas, en este caso, fue muy moderada y muy prudente: ayuda en armas, en dinero y en material necesario, pero nunca masiva, nunca con técnicos ni hombres, mucho menos con ejércitos como en el caso de Corea. Las razones para esta circunspección pudieron ser tres: la propia enemistad entre China y la URSS, la recepción del mensaje de la escalada y la decisión de Ho Chi Minh de que su guerra fuera puramente nacional sobre la base de una idea mil veces leída en los manuales de guerra popular asiática: que una guerra nacional de independencia recibe más adhesiones populares que una guerra con ayuda de elementos extranjeros. Los Estados Unidos no comprendieron bien nunca que China y la URSS fueran países extranjeros para Vietnam. Entendían que el comunismo era realmente internacionalista, y que Ho Chi Minh era un simple hombre de la Internacional encargado de una misión, y no un patriota vietnamita que era comunista. Si entre

El 30 de marzo, las tropas del ejército regular de Vietnam del Norte cruzaron la franja de terreno conocida como «zona desmilitarizada» —aunque, en la práctica, nunca lo haya sido— y se adentraron en Vietnam del Sur. Las fuentes de información de Estados Unidos dijeron que se trataba de tres divisiones completas y algunas fuerzas de apoyo, equipadas principalmente con material de origen soviético moderno. Las calcularon en unos cincuenta mil hombres. La ofensiva se montó sobre cuatro frentes y comenzó en todos ellos un avance metódico, de guerra clásica.

Desde ese momento, las noticias son todas ellas dudosas, y van desde la alusión a desbandadas del ejército de Saigón hasta las que aseguran que la resistencia

es mayor de lo que cabía esperar. Algunos comentaristas militares creen que se trata de una guerra rápida de resultados definitivos; otros, que el amplio plan está calculado para varios meses. Las informaciones de Hanoi aluden al cambio de bando, a su favor, de

soldados, jefes y oficiales; Saigón lo desmiente y desmiente también la ocupación de algunas ciudades que Hanoi da por tomadas. En resumen, es el panorama in-

cierto de todas las grandes batallas. Pero, de la suma de datos conocidos, puede decirse que la situación es grave para Saigón y que el curso de la guerra ha cambiado enteramente. Se ha pasado de la guerrilla a los amplios frentes abiertos.

Los cuatro frentes principales abiertos son los siguientes (al comenzar la semana):

1. Los tanques y la artillería pesada de Vietnam avanzan sobre la ciudad de Quang Tri. Estaban a las puertas de Dong Ha, al Sur de la zona desmilitarizada. Este es el frente Norte.

2. En el macizo central, ataques al aeropuerto de Dak To. Se habla de 38.000 soldados norvietnamitas que entran en el Sur por esta zona. Avance hacia Kontum: cortarían Vietnam del Sur en dos.

3. Unas tres divisiones atacan Saigón desde el Norte. Están a unos cincuenta-setenta y cinco

## LOS DATOS DE LA OFENSIVA

las distintas etnias de Indochina hay viejas hostilidades milenarias, hay al mismo tiempo un sentido de «ser indochino», y ese sentido está bastante opuesto —por razones también milenarias, pero no borradas en absoluto— a permitir una hegemonía de China. Algún personaje americano —no recuerdo ahora quién— explicó al Gobierno de Washington que la mejor manera de contener a China en el Sudeste asiático era permitir un Gobierno fuerte —aun comunista, aun el de Ho Chi Minh—; pero no fue escuchado.

**C**OMO en un juego, en la escalada se requiere que el otro comprenda y acepte las reglas. La URSS y China podían aceptar o no las reglas —China aparentó no aceptarlas, al considerar la bomba atómica como «un tigre de papel», pero en realidad las aceptaba—, pero en ningún caso en Vietnam. Las tesis de los guerrilleros y de Ho Chi Minh eran, por el contrario, favorables a la escalada de los otros. Creían que cuantos más soldados extranjeros llegasen al país, cuanto más potente fuese la ayuda de otros y los intereses de otros al Gobierno de Saigón, más fácil sería para ellos la lucha. No se equivocaron. Cuando, en 1968, la escalada había llegado a un punto máximo, la ofensiva del Tet demostró que su fuerza estaba intacta o, por lo menos, en condiciones de causar enormes daños a los asaltantes del país. Al mismo tiempo, se había estado creando un importante movimiento psicológico. Al no ser directa la intervención de China y la URSS, se formaba en el mundo la imagen de un pueblo pequeño aplastado por una enorme potencia; se dejaba al descubierto que los fines de esta potencia no eran los de democratización y ayuda para la libertad, sino los del dominio colonial; se creaba la leyenda de la invulnerabilidad del guerrillero; se hacía ver que la guerra sería larga y se sembraba en la retaguardia del enemigo —en los propios Estados Unidos— una situación catastrófica de disolución de sociedad.

**L**A escalada había fracasado. Todo parece indicar que si los Estados Unidos hubieran hecho una intervención directa y masiva en el momento en que decidieron no aceptar los acuerdos de Ginebra y no celebrar las elecciones, el asunto podía haberse concluido. Años más tarde, cuando la situación de la República Dominicana les pareció peligrosa, no optaron por ningún juego de escalada, sino que enviaron sus barcos, sus aviones, sus paracaidistas y sus «marines», que combatieron en las calles hasta acabar con los llamados rebeldes. ¿Habían aprendido la lección de Vietnam? Pero en el momento decisivo de Vietnam los Estados Unidos no podían tomar esa opción porque creían que realmente podía provocar la intervención inmediata de la URSS y de China. El informe del general Taylor a Kennedy lo advertía así: «Puede no haber límites en nuestro compromiso: la intervención de tropas americanas puede acrecer la tensión y arrastrarnos a una guerra mayor en Asia». Hasta 1964 no se escribió claramente (en un informe de la CIA) que «la principal fuente del comunismo en Vietnam del Sur es autóctona», pero el Gobierno americano continuó viendo, o haciendo ver, que era de procedencia exterior. En un aspecto de propaganda, esta idea de que una subversión proceda del exterior, aunque está muy desgastada, aún puede seguir siendo útil; lo grave es que los mismos que



lanzan la idea lleguen a creérsela y, por lo tanto, no acierten en la dirección de su represión.

**L**A escalada terminó en 1968. El Presidente Johnson decidió renunciar a los bombardeos de Vietnam del Norte, a la Presidencia de los Estados Unidos —no se presentó a la reelección en 1968— y al envío de nuevas tropas; decidió la apertura de negociaciones de paz —en París— y dio así paso principal a la campaña del que había de ser enemigo principal de su partido en las elecciones, Richard Nixon. El viejo guerrero frío, reconvertido, defendió la «era de la negociación» y presentó su plan de «vietnamización», como parte de un vasto plan general de reducción del «compromiso» de los Estados Unidos en el mundo. El término de «vietnamización» es, en sí, siniestro y antitético: viene a

kilómetros y se dice que su avance se realiza a una velocidad de un kilómetro por hora. La ciudad de An Loc ha sido tomada o hay combates en las calles.

4. En el delta del Mekong, combates de guerrillas, aislados, que pueden llegar a formar un frente. En Saigón se supone que esta actividad tiene por objeto dejar inmobilizadas las tropas defensivas y no poderlas enviar a otros frentes.

Los cálculos actuales indican que hay doce divisiones completas de Vietnam del Norte en dos frentes de combate. Esto parece suponer que la ofensiva tiene un carácter total.

La capacidad de respuesta de los Estados Unidos se centra especialmente en la Aviación, reforzada por la Marina. La Séptima Flota está siendo rápidamente re-

## LOS DATOS DE LA OFENSIVA

forzada. Hay cuatro portaaviones en el golfo de Tonkin, con capacidad para lanzar quinientos bombarderos simultáneamente sobre territorio vietnamita, más los que pueden partir de las bases circundantes. La ofensiva ha aprovechado una estación adversa a los vientos; éstos se están realizando sin

visibilidad y dejan caer sus bombas donde creen simplemente que está el enemigo. Un columnista de Washington ha dicho claramente que en los planes del

Pentágono figura la posibilidad de emplear armas nucleares contra los vietnamitas; generalmente, esta información no ha sido creída. Pero el portavoz oficial de la Casa Blanca ha dicho que los Estados Unidos harán «lo que sea necesario». Se excluye, sin embargo, la posibilidad de un nuevo

envío de tropas de infantería: este papel debe ser desempeñado por los soldados de Vietnam del Sur, con arreglo a la política de «vietnamización».

Una de las posibilidades que se consideran es la de que la ofensiva no se detenga en Vietnam. Desde hace tiempo, Camboya y Laos están en grave riesgo y los guerrilleros ocupan cada día nuevos terrenos y puntos clave. La segunda fase de esta ofensiva —fase que podría ser inminente o bien prevista para dentro de algún tiempo— podría ser la extensión de la guerra abierta a toda la península indochina.

# VIETNAM

## momentos decisivos

reconocer que la intervención de Estados Unidos había llegado a «desvietnamizar» el país al que intentaron ayudar, y supone que la guerra civil podrá continuar, pero con la ayuda americana —en barcos, aviones, consejeros, infraestructura— a uno de ellos. En realidad, «vietnamización» en este caso era sinónimo de «desescalada», un sinónimo vergonzante.

**P**ERO leamos el libro de Kahn. «El oponente —dice— puede tener un concepto distinto acerca de la escalada sin, por ello, dejar de comprender las presiones que se aplican; pero, típicamente, con objeto de coordinar los movimientos desescalatorios mediante un aflojamiento de presión, ambos bandos deben compartir un entendimiento de lo que está sucediendo. Pueden no compartirlo del todo si el paradigma que uno de ellos tiene del mundo difiere del del autor». Parece, en efecto, que el paradigma del mundo que tienen los vietnamitas difiere notablemente del de los Estados Unidos, sobre todo del momento electoral del Presidente Nixon. El lenguaje de la desescalada —la retirada paulatina de tropas de los Estados Unidos, que ahora son de 95.000 hombres situados en bases lejanas a las zonas de combate, y que en mayo deberán ser de 55.000, si se mantiene la «vietnamización»— no tiene por qué ser comprendido y aceptado por los vietnamitas. Para ellos, la desescalada está forzada no por un verdadero ánimo conciliatorio de terminar la guerra, sino por una necesidad importante que tienen los Estados Unidos de terminarla con respecto a su propio país y a su

La respuesta estadounidense a la ofensiva norvietnamita es, hasta la fecha, la reanudación de los bombardeos destinados a evitar que sigan afluyendo soldados hacia los frentes de combate, cortando su comunicación con la retaguardia.



presencia en el mundo. Una ofensiva triunfante podría tener para ellos uno de estos dos significados: o los Estados Unidos precipitan su salida del Vietnam, tras un colapso de Saigón, lo que significaría para el Vietnam ganar la guerra, o emprenden una «reescalada», lo que significaría nuevas bajas de ciudadanos de Estados Unidos, nuevos impuestos, una inversión completa de la política presidencial y, finalmente —como probable—, la derrota del Presidente Nixon en las elecciones de este año (sobre el cálculo de que si una ofensiva triunfante derrotó a un Presidente, la cuestión se puede repetir). La otra alternativa es la de que la ofensiva no sea triunfante. Es imposible, a estas fechas, calcular cuáles son los objetivos finales del Vietnam al emprender esta acción y, por lo tanto, calcular cuál es su posibilidad. Hay cuatro frentes abiertos, y operan sobre una moral baja del enemigo; han puesto en marcha divisiones de prestigio —como la que derrotó a los franceses en Dien Bien Fu— en Camboya; en Laos la situación es favorable para las guerrillas, el momento político es oportuno. Si sus propias fuerzas y sus planes son suficientes pueden haber calculado la posibilidad de una victoria final y definitiva, que les sería utilísima en un momento en que las negociaciones de Nixon con China y la URSS —después del viaje a Pekín está casi en vísperas el viaje a Moscú— para mostrar su independencia nacional y su indiferencia a los posibles acuerdos entre las potencias mayores. Pero puede ser también que esta ofensiva no tenga más objeto que el de demostrar a los Estados Unidos que su capacidad de ataque está intacta —sin llevarles a una excesiva humillación— y que la detengan en un punto dado con objeto de reanudar las negociaciones de París o las que las sucedan y llegar a una paz por acuerdo y no sobre el campo de batalla. El complejo político-militar no es muy claro en estos momentos. Lo que sí es claro es que Vietnam ha lanzado su ofensiva en un momento en que el enemigo es particularmente débil.

**L**A respuesta dada hasta ahora por los Estados Unidos es más bien moderada. Los bombardeos se han reanudado sobre el Norte, pero no con la intensidad y profundidad con que en otras ocasiones: el punto más lejano ha sido —hasta el fin de la semana pasada— a 350 kilómetros de la zona desmilitarizada. Se ha aclarado que la finalidad, esta vez, es concretamente la de evitar que sigan afluyendo soldados hacia los frentes de combate, cortar las líneas de comunicación con la retaguardia. Nixon no ha hablado de «reescalada» ni de retraso en sus planes de «vietnamización» o de retirada de sus soldados. Es indudable, sin embargo, que está siendo sometido a fuertes presiones por parte de algunos grupos militares, que indudablemente ven como posible la pérdida de la guerra —y, por lo tanto, de su prestigio—, más que por razones estrictamente militares por otras de tipo político. Es una tesis con antiguas ilustraciones en la Historia. Los militares alemanes creyeron que la paz de Versalles era «una puñalada por la espalda» y que la nación podía haber seguido combatiendo en 1918; de su sentimiento de traición política nació la reacción que condujo al nazismo —y, finalmente, a una derrota definitiva y sin ninguna duda—; los franceses sintieron la misma sensación por la retirada de Argelia negociada en Evian y produjeron la reacción de la OAS y los conatos de guerra civil. Algunos grupos militares de los Estados Unidos podrían sentir una misma reacción contra Nixon, y el hecho de que Wallace esté obteniendo buenos resultados en las elecciones primarias indica, o parece indicar, que una parte de la opinión pública de los Estados Unidos es partidaria de la manera fuerte.

**N**O sólo por razones electorales —que son muy importantes—, sino por razones de orgullo nacional, el Presidente Nixon ha tratado de «salvar la cara» en una guerra perdida hace años. En los papeles del Pentágono antes citados se contiene una carta de John McNaughton, fechada en enero de 1966, en la que se dosifica la razón de combate en el Vietnam: un 70 por 100 de este empeño consiste en «impedir una derrota americana deshonrosa», y los otros porcentajes, que recogen lo que en pura teoría fue la razón principal de la intervención, se reducen ya a «sustraer al Vietnam del Sur de un dominio chino» (20 por 100) y «permitir que el pueblo vietnamita goce de una forma de vida más libre y más feliz» (10 por 100). Dos años después, tras la ofensiva del Tet, el general Wheeler informaba al Presidente Johnson: «En gran parte, el vietcong controla hoy el país. Su restablecimiento ha de ser rápido. Su determinación es inquebrantable, sus recursos son suficientes y tiene la capacidad y la voluntad de continuar adelante». Las circunstancias de ahora son consecuencia de aquella situación de entonces, lealmente expresada por Wheeler. Si se hubiese tenido esto enteramente en cuenta y se hubiesen negociado seriamente los distintos planes de paz presentados en París —y en otras negociaciones directas—, la guerra habría terminado hace tiempo.

**S**EA cual sea el objetivo final de esta ofensiva, sea cual sea el resultado final, puede decirse que éste es un momento decisivo en la guerra del Vietnam. Y también que lo es en la Historia inmediata de los Estados Unidos. ■ E. H. T.